

ma proporcion; y se llegó á tener un desfaldo de 2 269,000 libras esterlinas, el cual ascendió á mas aún. Habiendo terminado el privilegio de la compañía en el año de 1814, se concedió el libre tráfico bajo algunas reservas á cualquier buque no menor de 350 toneladas, dejándose, sin embargo, á la Compañía el dominio de la India y el comercio con la China hasta el año de 1831. En esta ocasion aquella en vez de sufrir un descalabro, se encontró con una utilidad de 13 215,300 libras esterlinas, y un gasto de 9,490,777; así que, á pesar de haber sostenido una guerra con los birmanes, había tenido un beneficio de 3,724,553 libras esterlinas. Concluido el monopolio, se trasportaron de Inglaterra á las Indias con mucha rapidez cincuenta ó sesenta veces mas tejidos que en las épocas anteriores.

En el año de 1830, Peel espuso á la cámara de los comunes los arreglos que se habían hecho entre el gobierno y la Compañía para garantizar á los habitantes de aquellas regiones lejanas el goce de sus derechos, de su libertad individual y de los frutos de su industria; y asimismo para resarcirlos de los padecimientos é injurias que habían sufrido, consolándoles con prodigalidad de beneficios que pudiesen aliviarles el peso de su perdida independencia.

Otorgóse á la Compañía por el estatuto del año de 1833, una patente de veinte años; pero no en sentido comercial, sino considerándola como una sociedad gubernativa, cuyas facultades se limitaban á recaudar hasta el año de 1851 los impuestos, y arreglar los ingresos de su antigua conquista, mediante una junta de veinticuatro directores bajo la vigilancia del consejo de Estado. Sus propiedades, así muebles como inmuebles, fueron trasladadas á la corona, quedando á la Compañía únicamente el usufructo durante la prórroga de su privilegio. Su capital ascendía á 6,000,000 de libras esterlinas, divididos en acciones, á cuya adquisicion podían aspirar todos.

Aquí acaba la historia de la Compañía de las Indias; pero no la de las calamidades que sus conquistas atrajeron á Inglaterra. Se suele comunmente declamar contra el espíritu invasor de la Gran-Bretaña; y sin embargo, no hay país en donde se hayan tratado los asuntos con tanta publicidad, dejándose primero abierto el camino á los opositores, y despues á la sindicatura. La historia nos revela cómo un primer paso obliga á un segundo, y hemos visto ya cómo una conquista en las Indias proporcionaba un nuevo vecino, que luego se convertía en enemigo, contra quien era menester combatir hasta que su caída venía á suscitar otro. Los ingleses esperaban últimamente, apoyándose en aquel derecho que concede la Providencia al entendimiento y á la justicia sobre la ignorancia y la fuerza brutal, y que tiene en sí mismo un carácter sagrado, esperaban, digo, que podía llegar el río Indo á ser el límite y la barrera de sus posesiones y una rica vena para su co-

mercio, porque lo suponían rodeado de poblaciones opulentas y pacíficas; pero se engañaron completamente. Para reconocer su curso y abrirlo á la navegacion europea, enviaron en el año de 1836 una expedicion, cuyos pormenores nos ha dejado Alejandro Burnes.

La Afgania, puesta entre el Himalaya, el Indo y la Persia, camino que han escogido los conquistadores de la India, está poblada de habitantes que creen ser descendientes de las doce tribus hebreas que trasladaron á aquel país los persas. Los afganes no son tímidos ni dóciles á la sujecion como los pueblos del Indostan, sino que es su carácter noble y sencillo; son menos pedantes que los persas, y pueden merecer el nombre de instruidos en su clase de mahometanos. El sistema asiático no ha sufrido alteracion entre ellos. Burnes conoció á uno de sus príncipes que había engendrado setenta hijos, y que no conservaba memoria del número de los que vivían, y Dost Mohammed tenía diez y siete hermanos. Los afganes habían conquistado también la Bactriana y el Herat, estendiéndose hasta las orillas del Oxo, y avanzaron también hasta el Océano por la parte del Mediodía. Habiendo atravesado el Indo, sujetaron á Cachemira y recorrieron el Penjab, país de trescientas cuarenta millas de largo y doscientas de ancho, con tres millones y medio de habitantes y sesenta y tres de renta. Los afganes, que llegan apenas á quince millones, porque su poblacion mengua como la de todos los países mahometanos, tienen, cuando mas, cinco ciudades, á saber: Peshawar, que es la primera que se encuentra viniendo del Indo; Candar, que es la capital de la parte oriental; Cabul, que ocupa igual puesto en la parte septentrional; Herat, situada cerca de las fronteras del Noroeste, y Ghazni, célebre por la memoria de Mahmud el Gaznevida, que fué el primer musulman que invadió la India.

En el siglo pasado se disputaron el dominio del país las tribus de los ghilzoz y de los duranos. Pertenecía á éstos últimos Acmed-Sha, compañero de Nadir, el cual despues de haber conquistado todo el país, se coronó rey en Candaar y trasmitió á su hijo Timur el imperio, que se llamó de los duranos, el mas poderoso del Asia despues de la China, y que se estendia en un espacio de trescientas sesenta y cuatro leguas del Norte al Sur, y cuatrocientas ochenta del Oeste al Este. El Indo lo separaba por la parte de Levante del Indostan, y una faja de terreno cultivado, que atraviesa un desierto de arena, lo unía por la parte del Norte á la Persia. Los cuatro hijos de Timur que se disputaron aquel reino lo perdieron, y tan solo Mahmud-Kamram conservó á Herat, capital del Corasan afgano, mientras que Dost Mohammed, gefe de los baruksis, se estableció al mismo tiempo en Cabul, otro hermano suyo en Chazni, y otro en Candaar. Todos esos hermanos eran enemigos.

La derrota de los máratas y del imperio del Mogol (1763) aprovechó, no solo á Acmed, sino también á los sikis. Habiendo pues, estos últimos empezado á molestar á los afganes, llegaron hasta apoderarse de Lahor, que escudaba á todo el Penjab: verificada la conquista, la dividieron en doce principados independientes [*misales*], sujetándolos á gefes propios [*sirdar*], los cuales reunidos dos veces al año en asamblea general, deliberaban acerca de los intereses comunes. Esperimentáronse luego los efectos de esta independencia en las guerras que se hicieron aquellos principados unos á otros, y las cuales dieron margen á Rangit-Singh (*rey leon*) á que se engrandeciera. Viendo este príncipe que la Afgania corría á su precipicio en consecuencia de las discordias que la agitaban, conoció lo mucho que podía una voluntad firme y estableció como centro de sus operaciones á Lahor. Habiéndose combinado con lord Lake, gobernador general de la compañía de las Indias, el cual se dió por muy contento con tenerlo á lo menos neutral en una época en que podía disponer de los máratas, Rangit-Singh ocupó algunas tierras de los afganes, enriqueciéndose con sus tesoros, adquiriendo confianza, é introduciendo en su propio ejército el órden militar de los cipayos, que sirven á la Compañía. Con este motivo se erigió en protector de los otros sirdars, y sujetó á su dominio todas las provincias de la orilla izquierda del Indo, y entre ellas, los territorios de Multan y Cachemira. Ventura, italiano, y Allard, francés, que eran entrambos un resto del ejército napoleónico, iniciaron á sus tropas en la táctica europea, en la que las perfeccionó despues Court, alumno de la escuela política. Con tales auxilios, y precisamente mientras que los ingleses hostilizaban á los birmanes, Rangit-Singh pasó el Indo, en donde la dinastía de los duranos había sido destronada por los baruksis, en una guerra civil que redujo hasta el último extremo á los afganes. Habiendo entonces tomado parte Rangit en aquella cuestion, dió el último golpe á los afganes con la toma de Peshawar.

Segun Allard y Ventura, el ejército de Rangit-Singh, que se componía de 3,000 hombres, llegó á tener hasta 84,000, y entre ellos, 28,000 de tropas regulares con 366 cañones y 370 arcabuces que se trasportaban sobre los camellos. Sus ingresos se calculaban en 125,000,000 de libras esterlinas, ademas de su tesoro particular, que ascendía á 250,000,000.

Sin embargo, no había en sus estados instituciones políticas; no existían leyes escritas, ni sistema de administracion ni de justicia. En efecto, mientras Rangit-Singh estaba ceñido de inmarcesibles laureles y resplandeciente de gloria militar, el pueblo se envilecía en la supersticion y en la ignorancia, corrompiéndose y rebajándose aun mas con el ejemplo de aquel monarca, que no conocía la propiedad, el pudor, ni tampoco la moderacion tan necesaria en el deleite (1839).

Muertos Rangit-Singh y su hijo, Kurruck Singh, que era imbécil; Shere-Singh, vástago ilegítimo de aquel monarca, pero hombre resuelto y desordenado fué hecho asesinar por el ministro Dhyán Singh, el cual esterminó la familia destronada; pero éste mismo fué muerto por Aget Singh, que puede merecer con preferencia el nombre de verdadero asesino.

Bajo el dominio de estos vacilantes sucesores de Rangit, los afganes habrían podido estender sus conquistas hasta Delhi si los ingleses no les hubiesen infundido temor. Estos añadieron á las tres presidencias de Bombay, Madras, Bengala y la de Agra, muchas próximas al Penjab. Los sikis, gente litigiosa, sujetaban frecuentemente la decision de sus disputas al arbitraje de los ingleses; y temiendo que sus enemigos pudiesen ocupar su feraz terreno, que forma el límite oriental del Penjab, estipularon que los ingleses lo defenderían, dándoles en cambio la ventaja de heredar los bienes de los que no dejaban herederos. El uso del opio y del aguardiente ocasionaron tantos fallecimientos entre los sikis, que los ingleses en breve se encontraron dueños del país y en el caso de construir allí una fortaleza y fijar la residencia de un administrador. He aquí cómo adquirieron un predominio en aquel territorio con mucho pesar de Dost Mohammed, el cual espía con las fuerzas unidas de la Persia y de la Afgania el momento propicio para acometer á los sikis, odiados por sus súbditos, tanto con respecto á la religion como á la independencia; caso que los ingleses no podían permitirle porque habían concebido el proyecto de abrir el Indo al comercio.

Los ingleses tienen un interes directo en que ninguna otra potencia estienda su poder en el Asia Central, donde ellos mismos no pretenden conquistar territorios; pero las intrigas de Rusia en Persia les obligaron en el año de 1838 á pasar el Indo para restablecer en el trono de los afganes á Sha-Sugia. Sin embargo, se equivocaron, no ya porque querían llevar á acabo la conquista de Afgania, sino porque pretendían imponerle un príncipe despreciado, enemistándose por este medio á Dost Mohammed, cuyo poder les convenía mas bien reforzar para que sirviera de barrera contra los rusos. En efecto, Mohammed, descontento de los procedimientos mencionados, formó alianza con Rusia, que le envió oficiales y emisarios, mediante cuyas insinuaciones y auxilios, los persas asaltaron á Herat; y por último, la Inglaterra se vió obligada (1839) á acudir á las armas para postular al suelo contra el voto comun á Dost Mohammed.

Guiados los ingleses por Burnes, héroe infatigable, que había sido el primero entre los europeos á subir por el Indo, conquistaron á Sindi (1839) y pasaron aquel río; pero las montañas del Bosan opusieron dificultades muy graves é hicieron esperar á los ingleses las consecuencias de un frío excesivo. Habiéndose despertado por otra parte el fa-

natismo religioso de los indios, éstos practicaron lo que habían hecho los rusos en Moscú, á saber: se retiraron devastando el territorio, así que atrajeron á los ingleses al interior del país; pero á pesar de esto, su temeridad fué disculpada por la conquista que verificaron de un reino tan extenso; y finalmente se encontraron en Cabul, que forma un punto de interseccion en los grandes caminos que se estienden hasta la Persia y la India, y brinda con las ventajas de dos países física y moralmente considerados. La caída de los valerosos afganes produjo un grande abatimiento en toda el Asia Central; pero al cabo de tres años se sublevó Cabul, Burnes (2 de Noviembre de 1842) y muchos otros fueron asesinados; cinco mil hombres resistieron por el trascurso de dos meses contra cincuenta mil insurgentes, á pesar de que carecían de víveres y municiones; hubo trece mil muertos, y á duras penas algunos que se habían dispersado pudieron volver á sus hogares.

Entre las funestas consecuencias de aquella derrota debemos notar como primera la necesidad en que se encontraron los ingleses de vengarse, de conquistar y de estender su dominio. Lord Ellenborough, tan luego como se puso á la cabeza del gobierno de las Indias, desaprobó la conducta y la política agresora de su antecesor Auckland, protestando que era su intencion limitarse al propio territorio; pero se vió obligado á romper las hostilidades contra los afganes para restaurar el crédito de la Gran-Bretaña. Los ingleses volvieron á desplegar su pendon en Cabul, aunque despues voluntariamente lo enrollaron. Pero se ofrecia la grave dificultad de fijar los límites de la frontera inglesa, y se agitaba la cuestion de si debía atenderse la India á los desiertos que separan el Scinda del Indostan. Sin embargo, no podia perderse de vista que el primero domina las bocas del Indo y el comercio de toda el Asia Central, por lo que Ellenborough conoció la mucha necesidad de unirlo á su imperio. El Scinda colocado entre la Afganía, el Peujab, el estéril Belucistan y el mar, está gobernado por emires independientes, que desde el año de 1838 se habían puesto bajo la proteccion de los ingleses en virtud de los tratados que habían estipulado con ellos. Ellenborough, para conseguir en esta circunstancia su intento, inventó pretextos; puso en juego sofismas contrarios á los intereses de los emires; redujo los tratados á pactos de servidumbre, y en fin, unió (1844) el Scinda á las posesiones británicas. Seméjante conducta dió margen á lamentos muy graves, y Ellenborough se vió obligado á disculparse en juicio, porque la Gran-Bretaña reputaba como una fatalidad el engrandecerse á pesar suyo en la India. Pero apenas retiró sus fuerzas de la Afganía, Dost Mohammed restableció en Lahor todo lo que aquella había destruido, abolió la circulacion de la moneda inglesa, y reorganizó el ejército.

En efecto, lord Hardinge, que se había tras-

ladado á las Indias en clase de gobernador, precedido de las protestas mas pacíficas, se encontró en la precision de renovar la guerra. La Gran-Bretaña hasta que no perdió la esperanza de encontrar entre los sikis á un jefe bastante fuerte para reunir los restos del centro de Rangit, se abstuvo de invadir su territorio; pero habiendo visto que el desorden desplegaba sus alas, y que iba á establecerse en el país el peor de los despotismos; á saber el militar, pasó el Indo, y derramando muy poca sangre, sujetó al Penjab y condujo á fin una paz gloriosa. A consecuencia de la convencion de Koussour [18 de Febrero de 1846] y las modificaciones posteriores introducidas en ella, se conservó el reino de Penjab; pero fué cedido á los ingleses todo lo que media entre el Bias (Ifasi), el Indo y el Himalaya, en donde están comprendidas las provincias de Cachemira y Hazara. Hardinge revistió de una parte de estas adquisiciones á Dulab Sing con el título de visir, y otra dejó á su antiguo señor. El ejército de los sikis fué reducido á veinte mil hombres, despues de haber entregado á los ingleses todos los cañones que habían empleado contra ellos y pagado una indemnizacion de treinta y siete millones y medio, que despues se redujo á doce y medio. Podian estos pocos escombros de un antiguo poder resistir la vejez de los europeos!

Estiéndose al Norte del Ganges entre la presidencia de Bengala y las costas inaccesibles del Himalaya, el Nepes por el espacio de 250 leguas de Oriente á Poniente, y de 500 de Septentrion á Mediodía, terreno habitado por pueblos belicosos, que da sombra al gobierno inglés, el cual volvió á sus intrigas y á la guerra en el año de 1849, poseído de la idea de establecer sus confines en los hielos y las cumbres insuperables del Davalagari. En aquel mismo año, en virtud de una nueva convencion con Dulab Sing, cesó la soberanía de los sikis y fué incorporado al reino Indo-Británico todo el Penjab, que tenia 100,000 millas inglesas, tres millones de habitantes, y una renta de 1,000,000 de libras esterlinas.

La Rusia, entretanto, á la que se había procurado alejar cada vez mas con mucho cuidado del Asia Central, se colocó, combinándose con la Persia, hasta en Herat [1844], y se estendió por este medio desde el Caspio hasta el Indo. Kosk se encontró tambien bajo su influencia, así como toda la Transoxiana, que obedecia á Nasir Ullac; el cual, apoyándose en el poder de Rusia y secundando sus deseos, reemplazó á los príncipes; hermanando su tiranía feroz [1] con un profundo disimulo, cuyas tramas engañosas no supo

(1) Para dar una idea de su atroz tiranía basta indicar el suplicio llamado *Khanah Khara*; á saber, *comevivos*; es éste una especie de cárceles, en donde los prisioneros son devorados por las ladillas que se crian en el vellon de los carneros, y que se destinan espresamente para el objeto mencionado.

evitar Burnes. Así es, pues, que Rusia echaba mano de la fuerza para apoderarse de las Indias, al paso que la Inglaterra no pretendia mas que sacar tesoros de aquel continente; pero ni la una ni la otra pensaban en propagar la civilizacion, y el contacto de los establecimientos de entrambas potencias multiplicaba las eventualidades de la guerra. Se discutirá tal vez en aquellas regiones lejanas la gran cuestion que debe decidirse acerca de la superioridad de las dos potencias preponderantes de Europa!

Hoy el imperio Indo-Británico se estiende en un espacio de 78 grados de longitud á lo largo del meridiano de Greenwich desde el cabo Comorin al Bissahir, y del 8 al 31 grados, 30 minutos de latitud Norte por el espacio de 800 leguas de posta; y de las bocas del Indo á las del Bramaputra por el espacio, cuando menos, de 700 leguas; superficie igual á la de la mitad de Europa, con ciento cincuenta millones de súbditos propios, y cuarenta y siete que están bajo su proteccion. Finalmente, es de notar que no están comprendidas en este cálculo sus conquistas separadas en las costas meridionales de Ava. El ejército inglés, que reside en las Indias, se compone de doscientos ochenta y siete mil hombres [1]; pero entre ellos hay tan solo cincuenta mil europeos. Los ingresos en los años de 1840, 41 y 42 ascendieron á 21,239,417 libras esterlinas; pero tan luego como se renovó el tráfico del opio subieron á 22,000,000. En el mes de Mayo de 1843, la compañía tenia en sus arcas 8,532,067 libras esterlinas, y la deuda ascendia á 36,703,776, por las cuales pagaba por término medio un interes de 4 y $\frac{1}{2}$; pero los gastos escedian constantemente á los ingresos (2).

(1) La Inglaterra, obligada á custodiar fortalezas bajo todas latitudes, procura arreglar las cosas de modo que todas sus tropas, mediante un sistema que se llama de rotacion ó cambio, participen de las mismas incomodidades y peligros. Primero envia de guarnicion á sus soldados á los dominios que posee en el Mediterráneo, como Malta y las islas Jónicas y tambien á Gibraltar, con objeto de prepararse paulatinamente á los calores excesivos de la Senegambia, de las Antillas y de la Guyana. Tratándose de la América Septentrional, las envia al Canadá, á la Nueva Brunswik, á la Nueva Escocia, &c. De aquí vuelven á Inglaterra para salir despues de algunos años dirigiéndose al cabo de Buena Esperanza, á la isla Mauricio, á la Nueva Gales Meridional, á Ceylan y á la India. Regresando á Inglaterra, emprenden la misma rotacion al cabo de algun tiempo.

(2) El 20 de abril de 1839 la deuda ascendia á 30,231,162 libras esterlinas con 1,411,417 de intereses: en aquel mismo año los ingresos subieron á 14,746,407 libras esterlinas, los gastos á 14,778,164. Las importaciones á Calcuta se calcularon en el año 1848 en 162,000,000 de libras; las esportaciones en 254,000,000. En el año de 1847 el ingreso oficial de la Compañía fué de 482,695,000 francos, y el gasto de 445,310.

Con motivo de la India, la Inglaterra se encontró en el caso de deber declarar la guerra á la China, país singular, que fijará algun tanto nuestra atencion.

CHINA.

La suerte del Asia Oriental estuvo siempre bajo la direccion de los chinos, cuyo país es un centro de doctrina, de civilizacion y de comercio. Afirman que su nacion se remonta hasta los principios del mundo, y en sus tradiciones, no interrumpidas por el trascurso de cuarenta siglos, llevan sus investigaciones tal vez no solo á lo que hace referencia á la historia de los pueblos orientales, sino tambien á las causas que motivaron las emigraciones que trastornaron nuestro Occidente desde la época de Odin hasta la de Gengiskan; así que los chinos contemporáneos de todos los pueblos y envueltos en las tinieblas de su origen, cuya memoria no han podido conservar, y á quienes tan larga série de siglos no envejeció ni renovó, forman una cadena inmensa, que se prolonga desde la edad mas remota hasta nuestros dias.

La China puede considerarse como una familia patriarcal, que desarrollándose paulatinamente, llegó á ser un gran imperio sin sufrir alteracion ninguna, y modelando su organizacion sobre el cánou primitivo de la sujecion filial. En efecto, en aquel país cada familia es un pequeño estado, y este no es mas que una vastísima reunion doméstica, á la que sirven de norma los mismos principios de sociabilidad que la sujetan á iguales deberes. El individuo se pierde en el seno de la familia, y ésta en la inmensidad del reino. Los privilegios de casta y los derechos del sacerdocio no descomponen aquella unidad, que tiene un carácter mas absoluto y completo que el que pueda poseer cualquier otro estado del mundo. Pero es muy corto el trecho que media entre la paternidad [1] y la tiranía, cuando la primera, dilatándose sucesivamente, pierde el freno de aquel sentimiento de amor, que nos descubre en la persona de nuestros hijos la repetida existencia de nosotros mismos. En efecto, el espacio interpuesto entre cielo y tierra lo llenan en la China tan solo el emperador, el cual lo puede todo; y el desobedecerle no es solamente un acto de rebelion sino una verdadera impiedad. De aquí resultó que algunos emperadores se permitieron toda especie de excesos, quitaron á sus súbditos los campos para es-

(1) No hay cosa de que se haya abusado tanto como de las palabras *divinidad, padre, hermano*. Se invoca á cada paso el nombre de Dios con juramento sacrilego; los tiranos llaman hijos á sus súbditos, y el traidor, que engaña á su semejante, le llama hermano. Esto prueba que los vicios mas abominables necesitan encubrirse con el velo de lo que hay de mas sagrado, tierno y virtuoso.

[Nota del traductor].